

Wilson Díaz

Artista plástico



Fotografía: Leonardo Herrera.

Pocas veces se les pregunta a las personas que trabajan en el mundo del arte su formación, sus maestros, sus compañeros de clase o su relación y posición frente a las instituciones educativas; como si los artistas hubiesen aprendido solos y sus reacciones frente a estos edificios de poder fueran algo circunstancial. Aquí se demuestra lo contrario.

Humberto Junca: ¿Recuerda un profesor, una clase o una experiencia que lo haya ayudado a ser quien es hoy en día, ya sea dentro de la academia como fuera de ella?

Wilson Díaz: Pienso en algunos profesores del bachillerato. Yo estudié casi todo el bachillerato en el Colegio Nacional de Pitalito (Huila) y el último año lo hice en el Colegio Departamental, también en Pitalito. Las matemáticas fueron muy difíciles para mí, pero en quinto de bachillerato decidí que quería aprenderlas, quería entender matemática, física y química. El profesor de física se llamaba **Rodolfo** (no me acuerdo del apellido) y él planteaba que el mundo tenía una lógica que uno podía entender y aplicar; él nos decía que el mundo no era un caos y que a través de la física uno podía entenderlo.

En ese momento me fascinó pensar en eso, en un sistema que lo sostiene todo. Él fue muy importante para mí. **Rodolfo** era muy entusiasta, muy dedicado y era un interlocutor apasionado. Por eso, yo que no entendía esas cosas, decidí que me interesaban y me apliqué y me puse a leer todo lo que pude. También recibí clase de un profesor con quien tuve muchos problemas, él fue muy importante en mi proceso educativo y lo recuerdo mucho, era de apellido **Urrutia** y enseñaba filosofía. Yo tuve muchos problemas de disciplina en los dos últimos años y él fue muy tenaz conmigo, me la anunció un día cuando me dijo que me iba a hacer echar.

Estaba en el último año y habían recomendado a mis papás que yo estudiara en otro colegio, pero yo quería estudiar ahí, con mis compañeros de todo el bachillerato; entonces, entré con matrícula condicional a sexto de bachillerato. Tenía buena memoria y cuando me dedicaba podía ser aplicado. **Urrutia** puso una tarea como de investigar una cantidad de filósofos, una cosa toda basta en ese momento, de nombres y referencias y anécdotas, y yo me los aprendí de memoria y fui y se los recité. **Urrutia** no podía creerlo. Y un día él pidió todas las previas que habíamos hecho, las que nos había calificado y yo le dije que yo no guardaba sino las de física y química y ahí se armó el problema; él se puso a pelearme y yo a responderle, hasta que me llevó a la rectoría y por eso me echaron, porque yo no podía tener ninguna falta. Así, terminé mi bachillerato en el otro colegio.

H.J.: ¿En primaria o en bachillerato tuvo clases de dibujo o de arte?

W.D.: No. Lo único es que a veces nos ponían a hacer carteleros para pegar en la pared. Nunca experimenté la sensación de que tenía la habilidad de dibujar; pero unos amigos sí y hacían caricaturas y retratos. Yo coleccionaba carátulas de 'vinilos' y lo que hacía era recortarlas y mezclar sus imágenes, puro *collage*.

H.J.: ¿De dónde sacaba las carátulas?

W.D.: Una tía y el esposo tenían una tienda de discos en Pitalito y siempre tenían carátulas desocupadas, de pronto de promoción o decorativas. Yo no sé, el caso es que yo las comencé a pegar en mi cuarto, recortadas, modificadas. Después pasé a las revistas. Me gustaba cortar y pegar... Eso fue muy adolescente.

H.J.: ¿Qué quería hacer al terminar bachillerato?

W.D.: No tenía muy claro qué estudiar. Pensaba ser relojero o constructor, algo así, y por eso, en 1981, me fui de Pitalito a Bogotá para estudiar diseño industrial en la Universidad Nacional. Ahí conocí a **Fulvio**, él era un profesor buenísimo pero tenía un problema: regañaba mucho y muy fuerte, y como yo me había acostumbrado en el colegio a responderle a los profesores, a no dejarme, pues un día me peleé con él.

H.J.: ¿Siempre ha tenido problemas con la figura de autoridad?

W.D.: Creo que sí. De niño tuve problemas con mi papá. Siempre fui muy "peleón". Bueno, otro profesor que recuerdo de la Universidad es **Federico Federichi** (no sé si se llamaba así) el profesor de física de la carrera. Él decía que el mundo existía por las relaciones entre los objetos que hay en él... Que el espacio existía por la relación de las cosas que contiene. Y también recuerdo mucho a **Ivonne Pini** y a **Germán Rubiano**. **Rubiano** me marcó fuertísimo con sus clases de historia del arte. Él dictaba también para diseño industrial. Veíamos una cantidad de cosas: biónica, origami, física. Y en sus clases fue cuando pensé en la posibilidad de ser artista... Un día, como en tercer semestre, creo, unos estudiantes de arte sacaron unos caballetes e invitaron a la gente que pasaba a pintar y yo llegué y comencé a pintar algo muy básico, un camino volando en el aire, como surrealista... Y ahí yo dije: esto es lo mío.

H.J.: Hábleme más de **Germán Rubiano**.

W.D.: Él contaba de una manera apasionada la historia del arte a partir del libro de **Gombrich**. Él era para mí como un gran contador de historias ilustradas, mostrando esas fotografías de cientos de obras maravillosas. Recuerdo que un día nos explicó a **Bernini** y 'El éxtasis de Santa Teresa', esa escultura donde un ángel le está clavando una flecha... Y también lo recuerdo explicando a **Bacon**. A mí nunca me habían contado nada sobre la historia del arte y cuando **Rubiano** lo hizo fue como si me contaran un cuento y eso fue increíble.

H.J.: ¿En ese momento se pasó a arte?

W.D.: No, en ese momento cerraron la universidad. Era 1985 y como venía de Pitalito, vivía en las residencias de la universidad, precisamente en el edificio que ahora es de diseño y que queda saliendo por la 26.

H.J.: Venir a estudiar a Bogotá debió ser una dura experiencia de aprendizaje, transformadora.

W.D.: Sí. Mi abuelo paterno me había dicho que si yo me iba a estudiar a Neiva él me pagaba la universidad. Pero yo me presente en Bogotá. Así que me vine con todas las dificultades. Antes de entrar a la universidad me puse a vivir con unos conocidos y a ir a exposiciones.

H.J.: ¿Iba a exposiciones de arte antes de estudiar diseño industrial?

W.D.: Sí, porque andaba para arriba y para abajo con **Fernando Rozo**, un artista de Pitalito, pintor, que era el novio de mi hermana en ese tiempo y que estudiaba arte en La Tadeo. En aquel entonces el arte me llamaba mucho la atención, me fascinaba, pero yo era un mero espectador. Vivir en Bogotá fue algo muy fuerte, muy excitante y muy difícil.

H.J.: ¿Qué hizo el año que estuvo cerrada la universidad?

W.D.: Me fui para Pitalito y con un amigo nos pusimos a hacer cerámica. Montamos un negocio de reproducciones de vasijas y esculturas en miniatura de San Agustín que pusimos a la venta en una feria artesanal; pero no nos fue bien con esa microempresa. Después nos pusimos a hacer *auto-stop* camino a la costa Atlántica. Yo estuve tres meses andando por la costa y en un momento tuve dos posibilidades: o devolverme a Bogotá a la universidad o irme en un barco cocinando, pues aprendí a cocinar. Recuerdo que en ese entonces me quedé en Taganga un mes, con un amigo y un primo de Pitalito. Ahí me di cuenta que me quería devolver, que debía hacerlo pues ya se estaba acercando la fecha de inicio de clases en la universidad y, así, con mucho esfuerzo, llegué a Bogotá. Ahí fue cuando entré a estudiar arte.

H.J.: ¿Le homologaron algunas materias de diseño industrial?

W.D.: No, porque no supe cómo hacer el traslado de carrera. Así que me presenté otra vez y pasé.

H.J.: ¿Su familia lo apoyó en ese cambio?

W.D.: Mi familia no se enteró hasta después del primer semestre y fue muy duro para ellos porque veían en el diseño industrial algo más seguro y, además, nunca mostré ninguna habilidad para las artes, excepto cuando me dio por ser escritor: leí mucho y escribí unos cuantos poemas hasta que me di cuenta que no era lo mío. Curiosamente, en la Universidad Nacional conocí el grafiti y me puse a hacerlo. Era puro grafiti de texto. Por ejemplo, un día escribí "Marcos quiere su palacio blanco", jugando con el nombre del rector y con el hecho de que en ese tiempo eliminaban los grafitis pintando todos los días los muros de blanco.

H.J.: ¿Publicó alguna vez sus poemas?

W.D.: En Pitalito escribí un grupo de poemas pero nunca tuve la oportunidad de publicarlos.

H.J.: ¿Qué escritor lo marcó, o le sirvió de modelo?

W.D.: Mi relación con la lectura fue algo muy desordenado. Creo que empecé a leer con juicio en el cine de Pitalito. Copiaba frases de las películas subtituladas. Apuntaba lo que leía.

H.J.: ¿Qué recuerda de ir a cine en Pitalito?

W.D.: Mi mamá dice que fui por primera vez a cine cuando era un bebé. Me llevaron cargado y ella dice que en la película salían

unos esqueletos y que yo me reía, que me había gustado la película. Más grandecito frecuentaba mucho el Teatro Laboyos (Pitalito queda en el Valle de Laboyos y por eso a quienes nacimos allí nos dicen laboyanos) y el Teatro América, donde proyectaban muchas películas japonesas como Godzilla, o de karate, todas esas cosas.

H.J.: ¿Qué película recuerda más?

W.D.: Recuerdo mucho Carrie, que fue la primera para 18 años, la primera película para mayores que vi. Me fascinó porque yo ya había leído varios libros de Stephen King y entre ellos ese. Yo a los 12 años estaba afiliado al Círculo de Lectores y compraba los libros que quería, los que me llamaban la atención en los catálogos. Por eso, como a los 13 años, me había leído todos los libros del Marqués de Sade. Luego me leí al Conde de Lautréamont y a los poetas malditos... Baudelaire, Rimbaud. Más adelante fundé un club de lectura con otro amigo de Pitalito, Walter Rojas y ahí conocí muchas cosas latinoamericanas. Me encantaba Manuel Puig. García Márquez también me gustó en su momento. Juan Rulfo aún me fascina por ese mundo que crea como rural y campesino, como esa cosa melancólica, como toda fantástica y al mismo tiempo superaterrizada.

H.J.: ¿Leía comics?

W.D.: Sí, los de Editorial Icavi: Kapax del Amazonas, Juan Sin Miedo, El Santo, todas esas historietas como color café. En Pitalito había alquiladeros de cuentos y yo pasé mucho tiempo en esos negocios leyendo y viendo comics y revistas. Creo que en ese entonces desarrollé una obsesión por la imagen. Recuerdo que cuando iba al mercado con mi mamá había un señor que alquilaba View Master y yo siempre lo buscaba para ver una de esas rueditas: Las siete maravillas del mundo, Veinte mil leguas de viaje submarino... Eso era increíble.

H.J.: Volvamos a la carrera de arte. ¿Recuerda en ella a algún profesor notable para usted?

W.D.: Me acuerdo de las clases de color de Escilda Díaz, fueron superimportantes para mí. Ella permitía aplicar las enseñanzas técnicas que impartía en un trabajo personal. Con ella trabajé en acuarela y en témpera. Hice muchas témperas en ese tiempo. Me parecía increíble trabajar con témpera por lo opaca y por lo intenso del color... Ese medio tiene una cosa toda fuerte, como de superficie. Y a mí me gustaba lavar los dibujos y la témpera se pelaba muy bien. En un papel fuerte podía trabajar la témpera cubriendo y lavando y volviendo a cubrir y volviendo a lavar.

Otro profesor importante para mí fue Umberto Giangrandi. Estudiar con él me inspiró mucho porque yo conocía sus trabajos de los años 80 y cuando tomé clase con él era un artista activo. Es muy interesante para uno, como estudiante, ver que el profesor está trabajando y exponiendo; eso es inspirador. Bajo la supervisión de Giangrandi comencé a hacer unos trabajos usando fotografías familiares, de grupos de personas -tema que también tiene que ver con la obra de muchos dibujantes y grabadores de los 70 y 80. Entonces hice unos dibujos en plumilla y después, partiendo de ellos, hice grabados en metal y en linóleo. Bajo la tutoría de Giangrandi hice cosas fundamentales para mi trabajo futuro. Yo le llevaba mis plumillas y él las miraba y hablábamos de ellas y luego me supervisaba mientras hacía mis grabados. Pero, además, ese fue un momento en el que yo ya no estaba inscrito oficialmente en la carrera y él fue un apoyo enorme en el sentido de permitirme ir al taller de grabado y trabajar y contar con su asesoría sin ser su alumno. Después, incluso, trató de ayudarme a entrar otra vez a la Universidad, a reintegrarme; pero no sé si no se pudo... O yo no hice el suficiente esfuerzo.

H.J.: ¿Perdió el cupo en la Universidad?

W.D.: Sí. Es que en un punto me revelé, por ese problema que tengo con la autoridad. Como en tercer semestre tuve un lío personal

con alguien en la Universidad y se me desbarató todo ese modelo educativo. Tuve un problema con un profesor y, de rebote, con mis compañeros. Entonces empecé a desordenarme un poquito... Empecé, por ejemplo, a hacer un currículo propio, a decir: "Yo a unas clases voy y a otras no voy". Y por ahí mismo me fui sacando yo solito de la universidad. Cuando me metí a arte mi sueño era ser un pintor, por lo que había visto, por los referentes que tenía, por que tenía amigos pintores... Quizás por eso me gustaba la obra de muchos pintores como Carlos Salazar quien tuvo importancia y mucha visibilidad en los 80... Víctor Laignelet, por supuesto Beatriz González. Hasta me gustaba Maripaz Jaramillo. Todas esas búsquedas dentro de la figuración entre los 70 y 80 por encontrar una manera propia de pintar me interesaban mucho. Entonces, imagínese qué me pasó: cuando iba a empezar a tomar clases de pintura, se me metió en la cabeza que no iba a permitir que nadie me enseñara. Esa era mi rebeldía: voy a ser un pintor totalmente original y como los profesores lo marcan a uno y yo voy a ser único, pues, entonces, no voy a permitir que nadie me enseñe. Así me salí de la universidad.



Wilson Díaz, 'Sin título'. Tinta china, con plumilla, sobre papel (1987).

H.J.: Recuerdo que un día, José Hernán Aguilar en una clase de historia del arte nos dijo que lo peor que podíamos hacer si queríamos ser buenos artistas, era estudiar arte. Nos dijo que lo que teníamos que hacer era salirnos ya mismo. ¿Está de acuerdo con él?

W.D.: ¡Qué radical que era José Hernán! Una afirmación como esa es muy relativa, depende de su contexto y también de las necesidades de cada estudiante. Hoy en día es más claro lo variado que es el campo artístico: algunos estudiantes de arte serán escritores, otros serán diseñadores, otros curadores, otros historiadores o administradores y sus oportunidades se ubicaran en relación con sus intereses. Por otro lado, en la historia del arte colombiano hay muy buenos artistas que no estudiaron arte sino arquitectura, diseño o carreras como medicina.

Pero, mirando con cuidado, es seguro que la mayoría de los buenos

artistas colombianos estudiaron arte. Además, vivir la academia y formarse allí es fundamental, por lo que ofrece en conocimiento, encuentro, intercambio y también por el aval que da. Pero, obviamente, no es la única forma de prepararse y estar listo para practicar y competir en el mundo profesional. Desafortunadamente, la academia ha desarrollado una tendencia sectaria contraria al espíritu generoso y abierto del arte, pues muy a menudo busca cerrarse en sí misma, autoavalándose, volviéndose caprichosa, impermeable, lejana. Creo que dicha tendencia es un síntoma más de la necesidad de poder y control, característica de esta época paranoica, avara, propagandística.

H.J.: ¿Cómo llegó a ser profesor de arte, cuándo y en dónde?

W.D.: Mis primeras experiencias fueron en Bogotá a finales de los años 80, dentro de un proyecto transdisciplinar que realizó talleres en espacios como Ciudad Bolívar o el Parque de Lourdes, como integrante del grupo La Papaya Partía, junto a Carlos Latorre y Yury Forero. Este proyecto que se llamó 'El Arte y Los Otros Pedazos de La Vida', era auspiciado por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo. Luego en 1995 invitados por José Horacio Martínez, con Juan Mejía empezamos a trabajar como profesores de una misma asignatura en el Instituto Departamental de Bellas Artes de Cali. Al semestre siguiente cada uno entró a dirigir un grupo por aparte.

También trabajé en los talleres de extensión de la Universidad del Valle antes de que existiera la Licenciatura de Artes Visuales. He trabajado, por corto tiempo, en los programas de Artes de la Universidad del Cauca y de la Licenciatura de la Universidad del Valle. Mis experiencias más recientes como tallerista están asociadas a los Laboratorios de Investigación-Creación del Ministerio de Cultura y a La Escuela Móvil de Saberes y Práctica Social de Helena Producciones.

H.J.: ¿Aplica lo que aprendió de sus profesores?

W.D.: Sí. Aplico los consejos sobre el dibujo y el grabado de Giangrandi, los consejos sobre el valor de la línea de Edgar Silva, los ejercicios sobre brillo, luminosidad y valor en relación al tono y saturación de Escilda Díaz. Y como salí de la universidad sin terminar la carrera, tengo que reconocer que muchas personas con quienes realicé colaboraciones también me han enseñado mucho. Recuerdo a Álvaro Salamanca y sus consejos y ejemplos sobre pintar, las conversaciones y experiencias con Silvia Ibarra o con Fernando Arias sobre la instalación, recuerdo a Delcy Morelos y lo que me enseñó sobre la pintura en papel, a Alicia Barney y el uso de materiales naturales y artificiales, a Sylvie Boutiq y sus historias, a Fabio Espinoza y su mirada poética y política del mundo.

Estoy en deuda también con Juan Mejía y su mirada y estética, con Las Malas Amistades por el placer de pensar y cantar, con Amy Franceschini y sus huertas urbanas, con Leonardo Herrera y con Ana María Millán. También agradezco todo lo que he aprendido con mis compañeros de Helena Producciones -los de antes y los de ahora- en esta Academia (con "A" mayúscula) que ha sido en muchos sentidos el colectivo.

H.J.: ¿Qué hace cuando se encuentra con un estudiante rebelde?

W.D.: Lo soporto y trato de que no afecte a todo el grupo, mientras considero formas de comunicación con él, valorando sus intereses, sus posibilidades.

H.J.: ¿Cree que se puede enseñar a ser artista?

W.D.: Creo que ser artista depende sobre todo del estudiante. Él es quien sabe, finalmente, cómo y de qué forma, para qué y porqué será moldeado o instruido por el maestro, por la academia. Es el estudiante quien decide ser artista, incluso antes de entrar a ser alumno... O descubre cómo ser artista durante su proceso educativo... O en el ejercicio práctico de su vida profesional.

ARTISTAS

JUANA ANZELLINI
FELIPE RUIZ
ANIBAL GOMESCASSERES
LEONARDO PINEDA
ALONSO ORDOSGOITIA
ALEJANDRO SANCHEZ

FEDERICO RUIZ
ARTE · LATINOAMERICANO
GESTION CULTURAL

www.federicoruiz.info

fr@federicoruiz.info · (57) 312-3791240 · Bog-Col

MERCADO SECUNDARIO COMERCIALIZACIÓN

Ariza, Botero, Caballero, Caro,
Cano, Diaz Vargaz, Echeverri,
Gomez Campuzano, Hernandez,
Hoyos, Jacanamijoy, Manzur,
Morales, Muñoz, Negret, Obregón,
Ramírez Villamizar, Rayo, Richter,
Santamaría, Wiedemann, Zapata.